**Eva colectiva**

**No te fuiste… ¡yo te boté!**

**N**adia **V**illón Rodríguez

Ecuador

Feminista es la mujer que, a través de su propia historia ha decidido serlo. A Carlos, le debo los momentos más lindos durante estos dos últimos años, pero también, le debo el dolor que ningún momento de felicidad lo vale.

En nuestra relación hubo poder y ese poder se manifestaba en episodios de violencia que de a poco y sin darme cuenta fueron acabando con mi individualidad hasta llegar a anularme por completo. Una de las tantas violencias de las cuales sufrimos las mujeres, es esa que pasa por desapercibida solo porque no deja marcas físicas de notoria visibilidad dentro de una sociedad, aquella violencia silenciosa que empieza por destruirnos el alma para finalmente matarnos el cuerpo, si es que no hacemos caso al semáforo de la violencia y ponemos un alto.

La sumisión a la que las mujeres nos sometemos en favor de los hombres, no es tema nuevo dentro del estudio del género y la violencia, y mucho menos es figura nueva dentro de las sociedades, pues ha existido siempre.

Revisemos lo que está escrito en Efesios 5:22: “Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor”. Así, en nombre de Dios y en obediencia a la religión que, a decir de los feligreses tienen la verdad absoluta respecto de la voluntad divina, las mujeres han sido condenadas a permanecer dentro de un matrimonio abusivo, limitante de sus derechos fundamentales como el de la libertad y el desarrollo personal, y a soportar en silencio los comentarios manipuladores, ofensivos y amenazantes a los que hoy el derecho, a través de las legislaciones, ha calificado como violencia psicológica.

Pero, constituye una falsedad absoluta sostener que la génesis del problema recae en la iglesia, la biblia y sus postulados. La violencia de género tiene sus cimientos en un sistema estructural patriarcal de sociedades en donde los hombres desempeñan el rol productivo, encargándose así de la toma de decisiones en el hogar, y sobre quien recae la responsabilidad económica y la manutención de su familia; mientras que, a las mujeres se nos ha sido asignado el rol reproductivo, reduciéndonos a ser las encargadas de la administración del hogar en razón del cuidado de los hijos y las cuidadoras de la perfecta ornamentación de la casa en donde habitamos.

Es en esa dinámica de convivencia social, en donde en las relaciones interpersonales coexisten los sujetos activos, que son quienes ejercen el poder y los sujetos pasivos, aquellos que, se encuentran limitados a obedecer las decisiones unilaterales sin que exista derecho a contradecir, porque es precisamente allí donde el poder se transforma en destrucción, abuso y manipulación; es allí donde aparece la violencia.

La filósofa Hannah Arendt, en su obra *La política del poder*, sostiene que, cuando un gobierno empieza a perder el poder sobre sus súbditos, recurren a la violencia como recurso para reivindicar su control. Y es que, el miedo es el mejor aliado del poder; con el miedo el poder se acrecienta y puede predominar con más fuerza y muchas veces, perdurar en el tiempo. Hago un símil respecto de lo dicho por Arendt y sostengo que en las relaciones interpersonales sucede igual. Cuando la mujer cuestiona y contradice, la respuesta que obtiene llega revestida de violencia. El poder no soporta perder el control y la ausencia del miedo.

Aura, conoció a su esposo Enrique, nueve años mayor que ella, cuando ella apenas tenía diecisiete años de edad. Aura, aún estudiaba en el colegio, mientras que Enrique, se encontraba en la universidad cursando la carrera de Derecho, pues su sueño siempre fue ser abogado. Cuando Aura y Enrique se conocieron, se enamoraron tanto, que, con tan solo seis meses de noviazgo, decidieron formar una familia, razón por la cual, escaparon juntos y se subieron en la aventura de vivir, casarse, tener hijos y jurarse amor hasta que la muerte los separe.

Treinta y cinco son los años que Aura y Enrique llevan casados, de los cuales, dos años Enrique ya no vive con ella, pues luego de casi cuatro décadas de matrimonio, Enrique se dio cuenta que no amaba a Aura. Entonces, Aura decidió soltar y abrirle las puertas para que se vaya del hogar. Con el alma rota y sin saber qué hacer, tomó fuerzas y lo dejó ir.

La realidad es que, el matrimonio de Aura y Enrique duró muchos años, pero fue un matrimonio que sobrevivió en medio de la frustración silenciosa de Aura, mujer a la que su esposo le cortó todas las oportunidades de seguir adelante y de crecer desde su individualidad. A Aura, no se le permitió terminar el bachillerato, tampoco le fue permitido trabajar, pues, Enrique siempre le dijo que, para poder formar hijos felices y de buenos valores, era necesario que la madre se quede en casa las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana y que, para mantener la economía del hogar, bastaba él.

Fue muy duro ver a mi Aura, mi madre, pasar por este momento tan doloroso en donde sentía que nada de lo que había hecho en su vida había valido la pena, de un momento a otro tuvo que aprender a vivir sin el hombre de su vida; han pasado dos años y Aura se ha convertido en mi referente, pues, sin haber tenido la oportunidad de terminar su bachillerato y habiéndosele negado el derecho humano a educarse, mi madre es sabiduría y ejemplo de amor propio. Entendí que mi madre se amaba sobre todas las cosas, en el momento que decidió romper la convivencia con el hombre que con su desinterés la anulaba, ella prefirió llorar hasta sanar, en lugar de llorar por aguantar.

Ya me había dado cuenta que crecí en un hogar con sesgos machistas, pero debo admitir que aun cuando tengo claros los conceptos, el día que la vida me puso a mí en una relación asimétrica de poder, yo no lo pude detectar y cuando lo detecté, no lo pude soltar.

Carlos, es el prototipo de hombre intelectual que toda mujer quisiera tener, es atento, es inteligente, es culto, es un ser humano integral.

A Carlos, siempre le ha gustado ser luz para los demás, le encanta que lo busquen para que le hagan consultas, disfruta cuando lo admiran y disfruta también cuando ayuda a los demás, no por un asunto de solidaridad, sino más bien porque eso aumenta su ego en cantidades exponenciales y lo hace sentir más fuerte. Es experto en valorar a las personas, pero aun en toda su sapiencia, a la clase de ¨amar¨, llegó tarde y se quedó ignorante.

Carlos, se valía de mis destrezas de mis favores y esfuerzos. Era yo quien le elaboraba los planes de trabajo de los cuales solo se lucraba él. (De su inteligencia no me voy a referir, aquella es innegable, y es que no se puede manipular sin inteligencia, entonces, aquella le sobra.) luego de cada ponencia recibía aplausos, admiraciones, admiradores, y ahí estaba yo, detrás de él observando lo mucho que avanzaba y sintiéndome feliz, hasta que me di cuenta que mientras él avanzaba, yo me quedaba inmóvil en el mismo sitio, sin avanzar ni un solo paso. Empecé a darme cuenta que, mi tiempo absoluto se lo estaba dedicando a él y que mientras yo me esforzaba en ayudarlo a avanzar, dejaba atrás mis propios deseos.

Siempre he sido luchadora y he logrado lo que me he propuesto, sin embargo, en el tiempo que estuve con él, todas las puertas se me cerraban, ninguno de mis proyectos prosperaba y la frustración apareció, haciendo que me cuestione todos los días el porqué de mi situación. Cierto día le pedí que me recomiende en una universidad para ser docente de posgrado, entonces, no vaciló en decirme que a mí nunca me iban a llamar para dar clases a ese nivel, entonces, lo mejor era no intentarlo.

¿Cómo era posible dicha situación si en méritos yo sobrepasaba las expectativas? ¿Por qué no podía ser yo candidata a ser docente de posgrado en una universidad? Pues bien, lo grave no fue eso, lo verdaderamente doloroso es que ¡me la creí!, me convencí de lo que él me dijo y dejé de intentar y de buscar la forma de ser docente de posgrado. Dudé de mis competencias y capacidades y dejé de soñar en grande.

Con el tiempo decidí alejarme de él y puedo decir que fue una de las experiencias más dolorosas que he pasado ¡yo sentía que lo amaba! El proceso de separación con él no fue nada fácil, entré en un proceso de depresión, ansiedad, y negación.

¡Lo intenté todo!

Lo primero que hice fue buscar ayuda psicológica, entonces conocí a Sofía, una mujer maravillosa y profesional comprometida con su trabajo, fue Sofi quien con muchísima paciencia y sororidad me llevó a darme cuenta que fui víctima de maltrato psicológico y me llevó a rencontrarme conmigo misma y pude observar en mi interior una mujer hecha pedazos, insegura e incapaz de intentar seguir adelante. Comprendí entonces, la diferencia entre amar y valorar y concluí que yo amé mucho a Carlos mientras él, consciente de mis aptitudes aprovechaba eso a su favor y lograba que yo hiciera su trabajo para finalmente él beneficiarse.

Me refugié en el Yoga y empecé el proceso de perdonarme y perdonar. Entendí la importancia de enviar luz a los demás y de ser agradecida por cada cosa que sucede, sobre todo a agradecer el solo hecho de poder respirar. Sané y con la sanación llegó lo que tanto venía buscando y no encontraba, mi paz interior, la misma que me llevó a aceptarme aun en mis reveses, a amarme sin condiciones, a reconocerme como una mujer falible pero aun en mis fallas sigo siendo valiosa y es esa percepción sobre mí la que no pienso dejar ir otra vez. Me amo en mi luz y en mi oscuridad.

Ha pasado casi un año desde que me alejé de Carlos. Hoy domingo, 31de mayo de 2020, concluí con el primer ciclo de clases de posgrado, actuando en calidad de docente. Sí, me llamaron de la universidad de la que Carlos me dijo que nunca me iban a llamar y que mejor no lo intentara.

Estar con la persona equivocada, estanca, anula y te puede llevar a que experimentes sensaciones imposibles de definir. Aura vivió treinta y cinco años con Enrique; yo estuve un año, ocho meses con Carlos; ambos casos se dan en contextos distintos. Aura, ama de casa, sin terminar su etapa escolar, dedicada únicamente al cuidado del hogar; yo, con cinco títulos encima y con una vida profesional activa y en crecimiento.

La violencia no distingue títulos, no sectoriza, no es selectiva. Simplemente llega y ataca con toda su fuerza hasta que te mata el alma antes que el cuerpo. Está en ti reconocerla y frenarla, está en ti decidir si vives en el estancamiento o si decides salir adelante pese al dolor. De ti depende tu libertad, tu plenitud y tu dicha. De ti depende levantarte todos los días con una sonrisa en el rostro y hablarle a tu agresor, desde la distancia y sin que te escuche:

¡No te fuiste, yo te boté!

Amiga renacerás.